

¿Escribiendo contra la marea? El imaginario de la isla y la tierra en Patrick Chamoiseau

Writing Against the Tide? Patrick Chamoiseau's (Is)Land Imaginary

Escrevendo contra da maré? O imaginário da ilha e a terra em Patrick Chamoiseau

Maeve McCusker

QUEEN'S UNIVERSITY, BELFAST

Senior Lecturer en French Studies, Queen's University, Belfast. Es autora de la monografía *Patrick Chamoiseau: Recovering Memory* (2007) y coeditora, con Janice Carruthers, de *The Conte. Oral and Written Dynamics* (2010). Su edición crítica de una de las primeras novelas del Caribe francófono, *Outre-mer* (1835), de Louis de Maynard, apareció en 2011. Su trabajo de investigación actual se centra en el papel de lo blanco en la larga historia de la cultura caribeña. Codirectora del interdisciplinario Postcolonial Research Forum, en Queen's. Correo electrónico: m.mccusker@qub.ac.u

Versión al español de Daniel Jerónimo Tobón Giraldo, filósofo, Magíster en Filosofía de la Universidad de Antioquia, profesor del Instituto de Filosofía de la misma universidad. Ha publicado artículos y capítulos de libro sobre estética contemporánea y estética en Colombia, además de alguna traducción. Correo electrónico: danieljeronimo@gmail.com

SICI: 0122-8102(201112)15:30<279:ECMIIT>2.0.TX;2-6

Resumen

Este artículo examina una aparente paradoja en el corazón del trabajo de Chamoiseau: una acogida posmoderna de la diáspora y la movilidad y, simultáneamente, una agenda decididamente local y basada en la isla. La autora identifica una línea de quiebre entre la teoría de Chamoiseau (ensayos, entrevistas y especialmente sus empresas colaborativas con Glissant) y su obra de ficción, que sigue siendo resueltamente alojada en Martinica. Esta presunta “insularidad” ha implicado que su ficción haya sido leída como un lamento nostálgico por un pasado idealizado. Por el contrario, antes que fetichizar el pasado, se sugiere, su centramiento en la isla le permite a Chamoiseau involucrarse más profundamente con las historias de la esclavitud. Cada vez más, de hecho, el subsuelo funciona como una alternativa poderosa a los espacios de superficie, y superficiales, de la amnesia histórica y cultural explorados en las primeras novelas.

Palabras clave: isla, espacio, insularidad, subsuelo, memoria, historia

Palabras descriptor: Chamoiseau, Patrick, 1953-, Lenguas criollas, Literatura caribeña, Martinica (Isla, Francia) – Historia

Abstract

This article examines an apparent paradox at the heart of Chamoiseau’s work: a postmodern embrace of diaspora and mobility and, simultaneously, a resolutely local and island-based agenda. She identifies a fault line between his theory (essays, interviews, and especially his collaborative ventures with Glissant) and his fiction, which remains resolutely trained on Martinique. This supposed “insularity” has meant that his fiction has been read as a nostalgic lament for an idealized past. Rather than fetishizing the past, McCusker suggests instead that his island-centredness allows Chamoiseau to engage more profoundly with the histories of slavery. Increasingly, indeed, the underground functions as a powerful alternative to the surface, and superficial, spaces of historical and cultural amnesia explored in earlier novels.

Key words: island, space, insularity, the underground, memory, history

Keywords plus: Chamoiseau, Patrick, 1953-, Creole languages, Caribbean literature, Martinica (Isla, Francia) – History

Resumo

Este artigo examina um aparente paradoxo no coração do trabalho de Chamoiseau: uma acolhida pós-moderna à diáspora e a mobilidade, e simultaneamente, uma agenda decididamente local e baseada na ilha. A autora identifica uma linha de falha entre a teoria de Chamoiseau (ensaios, entrevistas e principalmente seus escritos em colaboração com Glissant) e sua obra de ficção, que continua firmemente alojada na Martinica. Esta presumida “insularidade” tem implicado que a sua ficção tenha sido lida como lamento nostálgico de um passado idealizado. Pelo contrário, ao invés de fazer fetiche do passado, sugere-se, seu centramento na ilha permite a Chamoiseau se entranhar mais profundamente nas histórias de escravidão. Cada vez mais, de fato, o subsolo funciona como alternativa poderosa aos espaços de superfície, (e superficiais), da amnésia histórica e cultural explorados nos primeiros romances.

Palavras-chave: ilha, espaço, insularidade, subsolo, memória, história

Palavras-descriptor: Chamoiseau, Patrick, 1953-, Línguas crioulas, Caribenha, Martinica (Ilha, França), História

RECIBIDO: 8 DE DICIEMBRE DE 2010. EVALUADO: 13 DE DICIEMBRE DE 2010. ACEPTADO: 15 DE ENERO DE 2011

Introducción

Las islas del Caribe –y particularmente las de las Antillas Menores, las *Petites Antilles*– con frecuencia han sido imaginadas en modos que enfatizan sus limitaciones físicas. A pesar de sus diferencias de tamaño, se las ve como lugares intrínsecamente pequeños, para invocar el título de la novela de Jamaica Kincaid¹, o como miniaturas, como cosas delicadas, incompletas o vulnerables. La tendencia a resaltar la pequeñez está ligada a percepciones de insignificancia o invisibilidad. Es famosa la frase de De Gaulle, para quien las islas del Caribe eran apenas motas de polvo que separaban a Francia de los Estados Unidos², mientras que Aimé Césaire, en su *Cahier d'un retour au pays natal* (*Cuaderno de un retorno al país natal*), ve a Martinica como un espacio abrumadoramente negativo (como una cicatriz o una herida), pero también como una migaja (74-75). Derek Walcott enfatiza la fractura; las Antillas son fragmentos de un velero astillado, el archipiélago es, por tanto, “un sinónimo de trozos despegados del continente original” (1998, 69). También, con frecuencia, las metáforas subrayan su carácter sagrado, precioso o valioso. El archipiélago se compara a un rosario o una guirnalda (Walcott, 1998, 42), cuentas de islas que caen en cascada desde el Golfo de México hasta Latinoamérica. El historiador decimonónico James Anthony Froude comparó las Antillas con “un collar de joyas alrededor del cuello de los mares del Caribe” (30), y las islas individuales han sido relacionadas con piedras preciosas específicas. Saint-Domingue era conocida como la perla de las Antillas antes de la revolución que le trajo la independencia y el nombre de Haití. Guadalupe (como Montserrat) es conceptualizada como una esmeralda por su vegetación exuberante³, mientras que frente a la costa suroriental de Martinica yace Diamond Rock, un espacio privilegiado en la obra de Édouard Glissant. Estos nombres, metáforas o analogías, al poner en primer plano las cualidades de riqueza y preciosidad, también sugieren por connotación el carácter adquisitivo de la mirada occidental y la facilidad con la que estos valiosos territorios fueron escogidos como diminutos objetos del deseo. Como lo dice Walcott en su poema épico *Omeros*, “Nos servimos/de esas verdes islas como aceitunas de un plato” (25).

La isla caribeña, entonces, desde el comienzo de la empresa colonizadora, fue imaginada como un diminuto objeto material que adquirir, admirar, coleccionar y consumir⁴ (198). Y las comparaciones con piedras preciosas, cuentas

1 Jamaica Kincaid. *A Small Place*. Nueva York: Farrar Straus & Giroux, 2002.

2 Este comentario fue realizado por de Gaulle durante una visita de Estado a Martinica en 1964.

3 Guadalupe también es imaginada como una mariposa a causa de su forma geográfica bisectada.

4 “Elizabeth McMahon muestra cómo, en la escritura colonial decimonónica, islas tan diversas

o aceitunas, ya se refirieran al espacio insular o del archipiélago, transmiten un deseo de anclar la *tierra* de la isla, de hacerla significativa, delimitada y sólida, de demarcar límites físicos y concretar contornos. También sirven para enfatizar la compresión y la constricción. Quizá en respuesta a esto, los últimos treinta años han sido testigos de la emergencia de un discurso caribeño que apuesta a la falta de fundamentos, a la relacionalidad y a la movilidad, más que a la fijeza, la estabilidad y la definición. El lenguaje teórico dominante a través del cual se imagina actualmente la región está incrustado en un espacio marino u oceánico, con sus mantras de rutas, no de raíces, una sopa de signos, de olas, pliegues y fluidez, de fuerzas fractales, rizomáticas, de una poética de la relación⁵. Esta aproximación se ejemplifica en la obra de dos de los más importantes teóricos de la región. El escritor cubano Antonio Benítez Rojo afirma, en su influyente *La isla que se repite*, que el Caribe es un archipiélago caótico de islas que se repiten. “La insularidad de los antillanos” –afirma– “no los impele al aislamiento, sino al contrario, al viaje, a la exploración, a la búsqueda de rutas fluviales y marinas” (25). Entretanto, toda la obra de Édouard Glissant, ya sea poesía, ficción, drama o teoría, se ha preocupado por sondear la relación que tienen entre ellas las Antillas, a través de lo que llama un pensamiento-archipiélago, una preocupación que se registra ya en el título de una temprana colección de poesía *Un champ d’îles (Un campo de islas)*, 1953). En su novela de 1987, *Mahogany*, conjura un espacio arquipelágico e interconectado, en el cual “un país insular no podría existir sin otras islas”⁶ (220). Más aún, para Glissant, al igual que para Walcott y Brathwaite, el mar es un repositorio enigmático que “recuerda” lo que ha sido olvidado por la tierra. La *Poética de la relación* abre, en su epigrama, con dos de las expresiones más axiomáticas de esta visión: “[...] la unidad es submarina”, de Edward Kamau Brathwaite, y “el mar es historia”, de Derek Walcott. El mar ofrece la posibilidad de la apertura y el intercambio, un modelo de historia regional y, eventualmente, una forma de conectar con lo que Glissant llama “le tout-monde”, “el todo-mundo”⁷.

como Irlanda, Ceilán y Tasmania habitualmente eran descritas “como una gema o alhaja única de una colección”.

- 5 Este tropismo oceánico se refleja en los títulos de algunas obras teóricas mayores que han emergido en inglés, como la de Paul Gilroy, *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*; la de Ian Baucom, *Spectres of the Atlantic. Finance Capital, Slavery and the Philosophy of History*; o la de Christopher Miller, *The French Atlantic Triangle. Literature and Culture of the Slave Trade*.
- 6 “Un pays d’île ne se trouve pas, s’il n’y a pas d’autres îles”. París: Seuil, 1987.
- 7 Reflejando este interés en el espacio marino, Glissant ha sido director desde 2006 de una colección titulada “Pueblos del mar” (Seuil, París), cuyo cometido es publicar textos de escritores que han buscado encuentros con pueblos solo accesibles por rutas marinas. Al igual que una

Contra estos tropos de constricción o insignificancia, de un lado, y la celebración de la fluidez y la desterritorialización, o incluso del pensamiento-archipiélago de Glissant, del otro, un escritor como Patrick Chamoiseau destaca por su visión altamente localizada y, aparentemente, sin salida al mar. Como si respondiera a las empujadoras comparaciones con objetos diminutos, Chamoiseau dota a la isla de un sentido de plenitud y no de escasez; es menos un lugar abarrotado o atrofiado que un recurso para la exploración infinita. Incluso, si la escritura caribeña ha sido considerada una literatura del desplazamiento y la dislocación, la obra de Chamoiseau puede ser leída como un esfuerzo concertado para fundar, localizar, dar hogar. Su énfasis, sin reticencias, se encuentra en la locación y no en la relación, y le da lugar de honor, con pocas excepciones⁸, a la isla de Martinica. En sus novelas, puertos y muelles son casi invisibles, el mar –e incluso la playa– es sorprendentemente marginal y son raras las referencias a espacios insulares más allá de las fronteras de Martinica. Por el contrario, el hogar *créole* es un topos recurrente y los topónimos locales abundan en su ficción, que se encuentra generalmente ubicada en lugares identificables (y, de hecho, frecuentemente presenta personajes de la vida real). Sus primeras novelas, como *Chronique des sept misères* (*Crónica de las siete miserias*), *Solibo Magnifique* (*Soliblo Magnífico*) y *Texaco* se ocupaban principalmente del espacio urbano de Fort-de-France –una ciudad que, aunque en la costa, se presenta como un espacio predominantemente de tierra adentro– y sus tres memorias de la infancia también se despliegan en la ciudad. Obras posteriores se desarrollan más al interior de la isla, en lugares rurales conectados con el pasado esclavista, como en claros o bosques más allá de la plantación, o en la plantación misma.

Sobre (no) ser un isleño

Este localismo encontró una expresión teórica paralela en el manifiesto cultural escrito a varias manos, en 1989, *Elogio de la creolidad*. Aunque pretendía saludar una realidad global⁹, y de labios para afuera apoyaba las culturas *créoles* en, digamos, Louisiana y Reunión, el ensayo fue escrito por tres martiniqueños

obra del propio Glissant acerca de la Isla de Pascua, la colección incluye un libro de viajes del ganador del Nobel Jean-Marie Le Clézio, *Raga: approche du continent invisible* (2006).

8 Hay solo dos excepciones obvias. El foto-texto *Guyane: traces-mémoires du baigne*. París: Caisse nationale des monuments historiques et des sites, 1994. Trata sobre la colonia penal en la costa caribe de Sudamérica; y *Biblique des derniers gestes*, cuya diégesis se ocupa principalmente de Martinica, incluye algunas secuencias que tienen lugar en luchas coloniales fuera de la isla.

9 “El mundo está evolucionando a un estado de Creolidad [...]. Eso es lo que hemos prefigurado” (Bernabé, Chamoiseau y Confiant, 112).

y tenía un tenor indudablemente local en sus puntos de referencia geográficos y culturales. Incluso, en años más recientes, Chamoiseau ha parecido tomar alguna distancia respecto al movimiento *créolité*, o de la Creolidad, y mientras que Confiant, por ejemplo, sigue defendiendo el término¹⁰, la palabra *créolité*, ciertamente, es ahora menos frecuente que antes en el léxico de Chamoiseau. Entretanto, su relación con Glissant ha madurado desde la reverencia (algunos dirán que no correspondida) del discípulo al maestro hasta una asociación más colaborativa y visible. Sin embargo, la obra de Glissant, por su parte, ha girado cada vez más hacia el significante *monde*, mundo, y hacia una consciencia globalizante¹¹. En los textos más tardíos, el significante geográficamente localizado, *antillanité* (antillanidad), tan prevalente en un texto como *El discurso antillano*, casi ha desaparecido. Ya sea que esto equivalga, o no, al abandono de una especificidad fundada en una isla a favor de lo que Peter Hallward llama “un nuevo orden mundial basado en nada más que la metamorfosis interna constante, la dislocación y el intercambio” (68), lo cierto es que estos conceptos insisten en el ámbito planetario de “relación”, más que en su ámbito regional o nacional. Y éste es un discurso seductor con el que el propio Chamoiseau se ha comprometido. Ambos autores han estado participando en años recientes en los mismos circuitos semánticos (y, hay que decirlo, mediáticos); han sido comentaristas conjuntos, en la prensa francesa y caribeña, sobre asuntos de actualidad –desde el Huracán Katrina, hasta la elección de Barack Obama y el terremoto en Haití– y promotores, en giras de conferencias y folletos en coautoría, de virtudes como la “totalité-monde” (totalidad-mundo), el “tout-monde” (el-todo-mundo), la “mondialité” (globalidad, una imaginación mundial) y la “pierre-monde” (piedra-mundo, una noción basada en las posibilidades imaginativas de la piedra filosofal), más que de los procesos enteramente negativos de la “mondialisation” (globalización)¹².

10 Confiant afirma que una secuela del manifiesto está en preparación bajo el título *Les Preuves de la créolité*. Según apunta, les preuves literalmente significa pruebas, pero su homónimo *l'épreuve* significa examen. Véase la entrevista de Hanétha Vété-Congolo con Raphaël Confiant, “*La Créolité aujourd'hui*”.

11 Esta predilección se registra explícita y quizá obsesivamente en los títulos de proyectos recientes, por ejemplo el *Traité du tout-monde*; *Tout-monde*; *Le Monde incréé*; y la reciente antología de poesía del “*Tout-monde*”, *La Terre, le feu, l'eau et les vents. Une anthologie de poésie du tout-monde*; y también es nombrado en el Institut du Tout-monde, un centro localizado dentro de la Maison de l'Amérique latine en París.

12 Glissant y Chamoiseau declaran que “El todo-mundo es más y más un hogar para todos” (2007, 7). En una carta abierta a Barack Obama, elogian al presidente entrante por haber oído “el grito del mundo” y por su “errancia a través de tantos continentes” (2009, 4). Emblemático de esto es el título de la conferencia ofrecida por Chamoiseau en la Semaine de la Martinique: “*Mondialisation, mondialité, pierre-monde*”.

Dejando de lado las cuestionables oposiciones binarias, de hecho bastante pobremente definidas, inherentes al contraste entre (buena) globalidad y (mala) globalización, esta retórica teórica se acomoda mal con el compromiso de Chamoiseau con la tierra nativa. En otras palabras, hay una aparente tensión entre el foco de estos recientes escritos colaborativos y el *locus* de su obra ficcional. Quizá sea significativo que el nombre de Glissant, aunque segundo en orden alfabético, tenga prioridad en los dos folletos coescritos, lo que sugiere, si no deferencia o reticencia del escritor más joven, al menos un papel secundario en estos proyectos. Y aunque tal vez sea imprudente poner demasiado énfasis en un esfuerzo colectivo como un manifiesto literario, que depende en tan gran medida de los caprichos del encargo y la disponibilidad, no es menos dicente que Glissant participara en el controvertido manifiesto *Pour une littérature monde (Hacia una literatura mundo)*¹³, mientras que Chamoiseau es notorio por su ausencia. A pesar de su proximidad intelectual, se podría incluso decir que entre los dos escritores se abre un espacio en términos de su relación con su isla nativa. Glissant, cuando se encuentra en Martinica, reside en el pueblo costero de Diamant, que domina la bahía y la roca, mientras que Chamoiseau vive cerca de Lamentin, un pueblo del interior, en el centro de la isla, y según ha admitido nunca ha escrito con el mar a la vista (1997, 246). Quizá uno de los quiebres entre los dos escritores se puede avistar en sus respuestas a William Faulkner, una presencia duradera en la obra de Glissant, y una piedra de toque cada vez más prominente para Chamoiseau. Glissant, cuyo interés en Faulkner generó un prolongado homenaje, *Faulkner, Mississippi* (1996), reverencia al escritor estadounidense como profeta de la mezcla racial y el contacto intercultural; sin embargo, en un ensayo temprano da un aviso de advertencia cuando discute la falta de “relación” geográfica en la obra de Faulkner. Glissant afirma que el escritor estadounidense “ignora totalmente el resto del continente americano [...] Ésta es la debilidad. Fijado en su aislamiento, el héroe faulkneriano (testigo y víctima), está separado del mundo”¹⁴ (182). Chamoiseau toma una posición diametralmente opuesta. Invoca a Faulkner precisamente para contrarrestar las críticas a la insularidad y lo presenta como testigo en defensa de su derecho a la mundaneidad. En una entrevista de 1998, declara: “En mi opinión, estoy en el mundo. No estoy encerrado en esta isleta [...]”. Faulk-

13 Este movimiento, liderado por dos escritores franceses, censura la introspección de la literatura francesa “metropolitana” desde el *nouveau roman*. El manifiesto *Pour une littérature-monde* (2007), al igual que una entrevista con Glissant, incluyen contribuciones de Maryse Condé y Dany Laferrière.

14 “ignore en absolu le reste du continent américain. [...] Voici la faiblesse. Installé dans sa solitude, le héros faulknerien (témoin et victime) est coupé du monde”.

ner modificó considerablemente toda la literatura mundial, y sin embargo nos habló de un pequeño condado en el sur de Estados Unidos” (McCusker, 2000, 727)¹⁵. Esta idea es retomada casi al pie de la letra una década más tarde en la novela *Un dimanche au cachot (Un domingo en el calabozo)*, en la que el narrador (como siempre, un Patrick Chamoiseau apenas disfrazado) invoca una vez más a Faulkner como modelo y mentor: “Sin renunciar a lo que él era, Faulkner excedía enormemente lo que era [...]. Faulkner va a crearse un lugarcito, Yoknapatawpha, que excava para alcanzar el mundo”¹⁶ (136). El legendario compromiso del escritor estadounidense con lo que él mismo describió como su “propia estampita postal del suelo nativo” (Stein, 255), es precisamente lo que Chamoiseau más valora en su precursor norteamericano.

Y sin embargo, a pesar de cuánto se centra en su isla, la palabra *île* es notable por su rareza en la obra ficcional y teórica de Chamoiseau. Aunque muchos escritores antillanos han evitado el término a favor de *pays, tierra*¹⁷, parecería que Chamoiseau tiene una aversión particularmente fuerte por el significante. En una sección del ensayo autobiográfico *Écrire en pays dominé (Escribir en un país dominado)*, titulada “La isla abierta,” comienza poniendo la palabra entre comillas, antes de registrar cierta sospecha frente al término: “Mi tierra nativa fue una ‘isla’. ¿Qué fuerzas y qué trampas se esconden en esta palabra?”¹⁸(233). Acechado por el ejemplo de los poetas “doudou”¹⁹, cuyo compromiso con el término “isla” estaba ligado a la celebración de los elementos paradisiacos del ambiente, Chamoiseau enfatiza lo extraño de la palabra, sus asociaciones con lo tropical, lo colorido y lo exótico, y su implicación con una escritura carente de amplitud y profundidad, desmemoriada frente a los horrores de la esclavitud (108). Más aún, argumenta que la asociación de la isla con la pequeñez es, tanto como cualquier otra cosa, una función del lenguaje dominante (colonial) a través

15 “A mon avis, je suis au monde. Je ne suis pas enrôlé dans cette petite île. [...] Faulkner a modifié considérablement toute la littérature du monde, et pourtant il nous a parlé d’un petit comté du sud des États Unis”.

16 “Sans renoncer à ce qu’il était, Faulkner dépassait largement ce qu’il était; tout comme Perse qui, dans le même cachot d’une Guadeloupe post-esclavagiste, éveillé par miracle, s’enfuit en belle hauteur vers l’inépuisable du monde. Faulkner va se créer un petit lieu, le Yoknapatawpha, qu’il va creuser jusqu’à atteindre le monde”.

17 Véase, por ejemplo, Aimé Césaire, *Cahier d’un retour au pays natal* (1956); Patrick Chamoiseau, *Écrire en pays dominé* (1997); Dany Laferrière, *Pays sans chapeau (País sin sombrero)* (2004); Édouard Glissant, *Pays rêvé, pays réel (País soñado, país real)* (1985).

18 “Je m’accrochai donc au pays [...] ma terre natale était une ‘île’: quelles forces et quelles pièges se lobaient dans ce mot?”

19 El término “doudou” describe una escritura imitativa, al servicio de modelos y géneros franceses, que fue dominante en el Caribe francés en el siglo XIX y a comienzos del XX.

del cual es imaginada la isla poscolonial y que el proceso de escritura es una de las pocas maneras de develar “estos espacios infinitos que la dominación tiende a hacernos llamar isla (o pequeño país, país periférico), con toda la estrechez asociada a tales términos”²⁰ (245). En otras palabras, la isla (como la nación, según ha argumentado Benedict Anderson en *Imagined Communities*) puede considerarse una locación o constructor imaginario. Pero mientras que, en la formulación de Anderson, este constructo ha sido voluntariamente apoyado por los propios sujetos nacionales, Chamoiseau arguye que para el antillano el sentido de insularidad es impuesto desde fuera, es subproducto de la mirada colonial.

Si la noción misma de insularidad es un constructo occidental²¹, ha sido incrustado profundamente en la mentalidad colonial y ahora se encuentra naturalizado como parte de la imagen que el Caribe tiene de sí mismo. Mientras los caribes, por ejemplo, consideraban las islas no como entidades aisladas sino ligadas por el mar, el colono, en contraste, se atrincheró dentro de la isla, con terraplenes, fronteras y colores nacionales. En los denominados Viajes de Descubrimiento, los colonos, afirma Chamoiseau, no se imaginaban a sí mismos entre gente real, con historia y agencia. Más bien, era como si las hubieran borrado de la existencia llamándolas las *Antilles* –“[...] *es decir, tierras-antes-del-continente*”²² (1997, 294)–. Postas de desembarco, etapas en el camino, paradas de mantenimiento, las islas eran en la fase inicial de la conquista una especie de casa a mitad de camino, un espacio transicional, un medio para un fin (el continente), pero nunca una destinación o una locación en sí mismas. Chamoiseau argumenta que el imaginario occidental ha retenido esta impresión, solo que identificándola con lo paradisíaco y lo turístico. Una vez que se han consumido los deleites del “sea sun sex zouk”²³ [mar sol sexo zouk] (nótese cómo el mar, y no la tierra, queda absorbido en el rastro del turista), la isla se convierte para el occidental en un sitio para una proyección de otro tipo, ya no objeto de deseo sino sitio de aislamiento y marginalidad: “El isleño sería un hombre perdido en el amargo océano [...] Al margen, un poco inmóvil en sí y en sus tradiciones, escaparía a la medida del progreso de la humanidad continental”²⁴ (234). A la vez objeto de fascinación

20 “[...] ces infinités que la domination tend à nous faire appeler île (ou petit pays, pays périphérique) avec les étroitesse qu’elle y associe”.

21 Chamoiseau reafirma el punto en una entrevista reciente; véase McCusker, 2009, 98.

22 “[...] ils les ont comme effacés de l’existence en les appelant Antilles –c’est à dire terres-d’avant-le-continent, sorte de paliers, marche-pieds. caye, poussières”. Elizabeth DeLoughrey sugiere una etimología alternativa, sosteniendo que Antillia quería decir “contra-isla” (10-11). Véase además Crone, 260-62.

23 Zouk es un estilo de música rítmica bailable de las Antillas francesas.

24 “L’insulaire serait cet homme perdu dans l’amer océan [...]. En marge, un peu immobile en

y objeto de piedad, se considera al isleño como un ser fuera de la corriente del progreso, la historia y la civilización continentales.

Esta incomodidad con la noción de insularidad es en buena medida lingüística. El *créole* –anota Chamoiseau– no tiene una palabra para isla, y el equivalente más cercano, *lilèt*, designa masas terrestres diminutas, usualmente inhabitables, en las que se posan las aves marinas de mayor tamaño. En *créole*, entonces, “la isla no existe; es un país inagotable, una tierra inscrita en el mundo por la dermis del mar”²⁵ (1997, 244). En esta metáfora, el mar actúa como una película o vaina que protege al organismo que es la isla: su papel es esencial, ciertamente, pero su función es secundaria en la medida en que meramente asegura la integridad y protección de la tierra individual. Esto contrasta con la actitud de los caribes, para quienes las islas están ligadas por complejas redes marinas, y también contrasta con el énfasis que ponen Walcott, Brathwaite y Glissant en el mar como fuerza de unidad y en las olas y corrientes que mantienen unida la región caribeña. En dos ocasiones en *Écrire en pays dominé*, que presenta una multitud de intervenciones imaginarias de un amplio rango de escritores mundiales, Chamoiseau invoca a sus ancestros caribeños. En la primera, nota que “Los poetas caribeños, Césaire, Édouard Glissant, Derek Walcott, Edward Kamau Brathwaite, percibieron este remolino de cuerpos y almas que conecta estas tierras en una alfombra de dolor y connivencia que ningún mapa colonial logrará nunca establecer”²⁶ (124). En la segunda, se refiere nuevamente a la “alfombra submarina de esqueletos” que liga la obra de Glissant con la de Walcott, y cita directamente a Brathwaite: “‘The unity is sub-marine’, dicen ellos, alucinados”²⁷ (239). Lo que interesa aquí es menos el guiño a los precursores eminentes, y su reverencia por la tumba acuática del océano, sembrada de cadáveres de esclavos, que las señales de distancia pronominal y genérica que enmarcan estas referencias (“Poetas caribeños”; “dicen ellos”). Al llegar al final de la sección, el narrador ha rechazado del todo el término *isla* a favor de un sustantivo más aceptable: “Ahora podría hacerlo: escribir ‘país’, en lugar de ‘isla’, para escapar de esta palabra tan cargada. Podría pensar y podría ver en términos de país: y podría vivir *mi país en profundidad*” (245, énfasis mío)²⁸.

lui-même et dans ses traditions, il glisserait à mesure hors des progrès de l’Humanité continentale”.

25 “L’île n’existe pas, c’est un inépuisable pays, une terre inscrite au monde par le derme de la mer”.

26 “Les poètes caribéens, Césaire, Édouard Glissant, Derek Walcott, Edward Kamau Brathwaite, ont perçu ce roulis de corps et d’âmes qui relie ces terres d’un tapis de douleurs et de connivences qu’aucune carte coloniale n’établira jamais”.

27 “‘the unity is sub-marine,’ disent-ils, ‘hallucinés’”.

28 “Je le pouvais maintenant: marquer ‘pays’, ne pas marquer ‘île’ afin de mieux me dérober aux chargements du mot. Penser pays et voir pays: vivre mon pays en profondeur”.

¿Nostalgia, añoranza del hogar o el malestar del hogar?

Este apego a la tierra nativa ha generado críticas significativas y sostenidas, y algunos comentaristas han sugerido que la obra de Chamoiseau condesciende a una nostalgia fosilizada. A. James Arnold critica los escritos programáticos del proyecto de la Creolidad, alabando la mayor libertad de Maryse Condé “en lo que concierne a localidad y entorno” (39). Para Richard Burton, “*Créolité* tiene, en la práctica, un carácter frecuentemente restrospectivo, incluso regresivo, que en un último recurso desesperado contra la descreolización recae en la plenitud real o imaginada de un *an tan lontan* (tiempos de antaño)” (23). Richard y Sally Price van más lejos, y argumentan que “la insularidad de los creolistas –su voluntaria falta de compromiso tanto con los estudios no francófonos como con los no relacionados con el Caribe francés– tiñe sus comprensiones del pasado caribeño en varios campos” (11). Más recientemente, Stella Vincenot ha argumentado que, en su foco insular, la obra de Chamoiseau comparte algunos de los valores conservadores del movimiento regionalista francés de las décadas de 1920 y 1930 (63-73). Ella concluye que “en última instancia la insistencia de Chamoiseau en un compromiso regresivo con la definición de la diferencia martiniqueña subvierte su deseo original de abrir Martinica a un mundo cada vez más creolizado” (73).

Estos ataques se han hecho tan familiares que funcionan como lugar común crítico y merecen un escrutinio más detallado de lo que permite el espacio disponible. Se podría ciertamente indagar, por ejemplo, la celebración de los tropos tan de moda de la migración y la diáspora, implícitos en algunas de estas críticas. Yo argumentaría, incluso, que el emparejamiento que hacen los críticos (y, en épocas más tempranas, los propios escritores) de Chamoiseau y Confiant –sin duda un novelista menor en relación con aquel– ha trabajado en detrimento del primero, y ha producido una lectura a menudo distorsionada de la obra de Chamoiseau. Reiteradamente, las críticas más fuertes al movimiento de la Creolidad se ilustran con referencia a la ficción de Confiant o a la primera novela de Chamoiseau, *Chronique*, que celebra el mercado como espacio de una tradición desaparecida. Finalmente, y esto es lo más importante, la ecuación entre insularidad y nostalgia –términos ambos que el mismo Chamoiseau rechaza de plano y explícitamente– es quizá un movimiento discursivo apresurado. Si nostalgia significa literalmente añoranza del hogar, un anhelo de regresar, podría argüirse que las novelas de Chamoiseau, y ciertamente sus textos más recientes, exploran más bien la enfermedad o el malestar del hogar, en vez de encomiar su consuelo o confort.

En un contexto literario tan altamente mediatizado y autoreflexivo como el de Martinica, difícilmente sorprende que el mismo Chamoiseau sea muy cons-

ciente de estas críticas. En lo que parece ser una respuesta a las comparaciones poco favorables con Condé, anota en *Écrire en pays dominé*, con cierto aire defensivo:

He escuchado que una escritora de Guadalupe había decidido introducir en cada una de sus novelas un episodio que se desarrollaba en diferentes esquinas del Caribe y del mundo, con el fin de escapar al “aislamiento insular” y significar *urbi et orbi* el territorio ampliado y universal de su inspiración. Guardo mi distancia de tales posturas voluntaristas. Se puede incluir capítulos que se desarrollen en cada una de las islas del Caribe, distribuir lapones, mongoles y peules en cada línea de sus obras, y no disponer del imaginario del mundo²⁹. (215)

Chamoiseau retoma aquí el argumento clave aducido para explicar su afinidad con Faulkner: se puede acceder tan fácilmente a un imaginario global y universal a través de la atención a un lugar pequeño como a través de una narrativa geográficamente móvil; o, para decirlo de otra manera, la escritura geográficamente más diversa puede seguir siendo insular o parroquial en su mensaje ideológico. La tarea del escritor, por tanto, será examinar en toda su complejidad un espacio particular (el término *lieu*, lugar, se prefiere constantemente no solo a *île*, sino también a *territoire*, territorio, dadas las asociaciones coloniales de estos últimos) para *densifier*, densificar, el retrato de Martinica a través de una exploración minuciosa (1997, 207). La obra imaginativa, que emerge gracias a un escrutinio meticuloso, desafía todo sentido de contención y, en cambio, permite al escritor expandir o romper los límites de un espacio aparentemente constreñido.

“La construcción subterránea del país”³⁰

Esta expresa necesidad de “densificar”, de complicar, de expandir como a través de una contracción, está cada vez más presente en la escritura de Chamoiseau. Y trabajos posteriores sugieren que la isla puede ser mejor comprendida no solo a través de la tierra, sino de hecho a través del subsuelo, del cual pueden desenterrarse las historias enterradas o reprimidas de la memoria colectiva. Las

29 “J’ai entendu qu’une femme écrivain de la Guadeloupe avait décidé d’introduire dans chacun de ses romans un épisode se déroulant dans différents coins de la Caraïbe et du monde, ceci pour échapper à ‘l’enfermement insulaire’ et signifier *urbi et orbi* le territoire élargi-universel de son inspiration. Je me tiens à l’écart de telles postures volontaristes. On peut mettre des chapitres se déroulant dans chaque île de la Caraïbe, distribuer des Lapons, des Mongols et des Peuls à chaque ligne de ses ouvrages, et ne pas disposer de l’imaginaire du monde”.

30 “La construction souterraine du pays” (1997, 127).

primeras novelas urbanas de Chamoiseau sugieren que los martiniqueños se están quedando sin espacios de *créolité* en los que puedan interconectarse o comunicarse. *Chronique* describe el colapso del mercado tradicional de la ciudad y el establecimiento de un edificio nuevo e higiénico, sin personalidad ni personajes. *Texaco* narra la historia de un suburbio de Fort-de-France amenazado de demolición por las fuerzas de sanidad y planeación urbana. Este deseo de limpiar, ordenar, someter, controlar y modernizar es inherente al proceso de asimilación, un proceso iniciado por la departamentalización en 1946 e intensificado desde la década de 1960. El mensaje conjunto de estos textos es, parece ser, que queda poco espacio para conectar con el pasado de la isla o para resistir la creciente dominación por parte de Francia, una dominación que, en sus hoteles de concreto y sus supermercados, es una fuerza de alienación cultural y desastre ambiental. O, como lo expresa Richard Watts, “el resultado de la bulimia consumista de los martiniqueños es que su conexión con el lugar comienza a disiparse. Puesto que ellos ya no saben qué viene de dónde, ya no pueden reclamar *su* lugar” (250).

En novelas posteriores, una alternativa a estos espacios de superficie, y superficiales, de amnesia histórica y cultural resulta ser el subsuelo. A través de un descubrimiento (altamente metafórico) del espacio subterráneo de la tierra, los protagonistas ficticios conectan no solo con las historias olvidadas de la esclavitud, sino también, crucialmente, con las poblaciones nativas amerindias. Ya en su primera novela, *Chronique*, el héroe baja al subsuelo para intentar extraer lo que yace bajo la superficie (Pipi busca la jarra de oro enterrada). Novelas posteriores –particularmente *Biblique des derniers gestes* (*Bíblica de los últimos gestos*) y *Un dimanche au cachot*, pero también *L’esclave vieil homme et le molosse* (*El viejo esclavo y el moloso*)– testifican un deseo más explícito y sostenido de exhumar los secretos del pasado. El subsuelo se convierte en una poderosa vía para la exploración de los estratos más profundos de la psicología y la historia caribeñas, que le permiten al autor desenterrar las historias escondidas del espacio de la isla. Esto sirve de contrapeso a cualquier sentimiento de que se habita un ambiente insular atrofiado o constreñido, y otorga igualmente profundidad temporal. Es particularmente en estos últimos textos que la isla, más bien, se abre hacia el infinito, menos a través de una mirada que se dirige hacia el exterior y hacia el otro que a través de un examen de sus propias raíces profundas. El verbo *creuser*, excavar, surcar, es crucial aquí; así como Faulkner conectará con el mundo a través de una excavación de un lugar muy circunscrito, igualmente, a la “tierra sepultada” –el título de una subsección de *Biblique*–, solo puede accederse bajando al subsuelo³¹.

31 Véase el capítulo cinco, “Flesh Made Word: Traumatic Memory in Patrick Chamoiseau’s *Bi-*

La novela de Chamoiseau *Un dimanche au cachot*, publicada en 2007 y que se ocupa de la manera más explícita del subsuelo, es de un interés particular por sus elementos catabáticos. El calabozo del título de la novela es uno de los *loci classici* del imaginario antillano, un lugar en el que los esclavos, ya embrutecidos por las condiciones de la plantación, eran aprisionados y castigados en celdas subterráneas frías y húmedas. El narrador nota que tales calabozos sobreviven hoy incluso allí donde las construcciones de la plantación han desaparecido, quizá porque ejemplifican los aspectos más horribles de la esclavitud (39). Empujando hasta el extremo, según parece, el sentido de constricción temporal e inmovilidad espacial, el marco narrativo primario de la novela se despliega en una de estas celdas subterráneas, una especie de isla dentro de una isla, en el curso de un solo día. Ésta es, sin embargo, una narrativa alucinatoria y onírica, en la cual el pasado y el presente se entrelazan, en la que los personajes se funden y las historias se entretajan, en la que las distinciones entre sujeto y objeto, autor, lector y personaje, se disuelven, y en la cual de hecho los límites entre los propios textos de Chamoiseau se hacen borrosos. En esta medida, el calabozo del título se convierte, en cambio, en un espacio de proyección y disolución, un lugar que hace posible la emergencia y (con) fusión de subjetividades fluidas y miríadas de perspectivas, y en el cual la narración de hoy en día se abre hacia prehistorias traumáticas.

La novela, *Un dimanche au cachot*, se abre con una llamada telefónica al narrador de un trabajador social, Sylvain, director de un hogar para huérfanos y niños abandonados, llamado La Sagrada Familia. Sylvain le pide a Chamoiseau que vaya a hablar con uno de los niños a su cuidado: Caroline, la hija descuidada y maltratada de unos drogadictos. La adolescente ha huido de su hogar –construido en el emplazamiento de una plantación, con cementerio de esclavos y reliquias de tortura incluidos– para esconderse en una celda de piedra cercana, que para ella es un “refugio celestial” pero que para el narrador es una prisión aterradora (32). A pesar de los sentimientos cristianos propugnados en su nombre, nos encontramos en una de las “casas de memoria racial” evocadas por Homi Bhabha, “una casa investida con un secreto específico o una conspiración, un movimiento inquietante” (13). O, como lo dice el narrador, el sitio es un “terrible palimpsesto” (30) y los encantos ostensiblemente prístinos del hogar esconden capas de sufrimiento histórico. La propia palabra *cachot*, que se deriva de la misma raíz que *cacher*, esconder, enfatiza la necesidad de mirar más allá de la superficie.

blique des derniers gestes” (McCusker, 2007, 127-49) para una discusión completa de la exposición de la memoria y el trauma en esta novela.

(Otra palabra para calabozo en francés es *oubliette*, un lugar en el que se olvidan cosas y que resuena con el nombre de L'Oubliée [La Olvidada], el alter ego de la protagonista escondida en la bóveda). La narrativa resultante, que trata algunos de los aspectos más horribles del esclavismo, incluidos la violación y la tortura, emerge de los intentos del narrador de comunicarse con la joven y relacionarse con ella. La historia de Caroline –y en ocasiones su misma identidad– se entrelaza con la de L'Oubliée, una esclava atrapada en la década de 1820-1830 y la heroína de una novela anterior.

El descenso y el regreso son poderosos tropos de estructuración en la literatura, y han sido desplegados específicamente para imaginar la conexión y la desconexión con el pasado esclavo; *Mahagonny*, de Glissant, por ejemplo, incluye capítulos titulados “La descente” (“El descenso”) y “Remontée” (“La vuelta arriba”). Como hemos visto, los episodios que implican cavar, exhumar, extraer o desenterrar son cada vez más prominentes en la escritura de Chamoiseau. Sin embargo, *Un dimanche* es quizá la única novela de Chamoiseau de la que se puede considerar que se apoya en las convenciones de la catábasis: el narrador vivo cruza un umbral ilegítimo, viaja a un mundo subterráneo, infernal, un mundo de los muertos y regresa para contar la experiencia. En muchos aspectos éste es también un regreso intertextual, en el cual Chamoiseau revisita personajes de sus novelas previas. La llamada de teléfono de Sylvain, la “llamada a la aventura”, que de acuerdo con Joseph Campbell inicia la búsqueda mítica (49-58), hace de Chamoiseau un Orfeo reluciente, que solo acepta de mala gana el encargo de traer a una Eurídice contemporánea (Caroline) de vuelta a la superficie³². (El rechazo de la llamada, como nota Campbell, es también un recurso estructural común) (59-68). Sin embargo, aquello de lo que la novela se ocupa realmente es el encuentro entre el pasado esclavo de la isla y su disfunción contemporánea. Como en la catábasis clásica, entonces, la relación del “otro mundo” con el nuestro es fundamental, como lo es la tensa relación entre mito e historia. La excavación textual de estas ruinas permite que se narren nuevas historias del pasado y emerjan figuras inesperadas. La novela incluye, por ejemplo, un retrato favorable del abolicionista francés Victor Schoelcher, quien para muchos antillanos es una figura ambigua cuyo estatus heroico ha lanzado una sombra sobre las narrativas de la agencia de los esclavos. De manera más general, lo que sugiere es que los martiniqueños tienen que cavar profundo para acceder a la desconocida parte interior de su pasa-

32 Sin querer llevar demasiado lejos los paralelos, Eurídice murió por una mordida de serpiente, y el miedo a las serpientes (la infame *bête longue*) y su mordida persigue a muchos de los personajes en el espacio subterráneo de la novela de Chamoiseau.

do, el subconsciente colectivo, y que esto bien puede que solo se alcance a través del trabajo de la imaginación. Es crucial, también, que un inseguro Chamoiseau haya tenido que ser engatusado por su colega más serio para que ayudara a Caroline. Solo una vez que ha superado su propia indiferencia y se ha permitido a sí mismo descender al calabozo, se hace capaz de escapar del letargo de un soso domingo contemporáneo y experimentar, en cambio, todos los horrores de la historia de Martinica. Incluso los artistas y los intelectuales, parecería, requieren algo de ánimo para ahondar en las historias reprimidas de su tierra.

Hacia el final de la novela, Caroline está implicada en un proceso de excavación y restauración, acoplando, en colaboración con otros niños del hogar, los fragmentos materiales descubiertos en el sótano (cadenas, huesos, trozos de cerámica, pieles de serpiente). Esta actividad restauradora parece prometer la redención o cierre de la catábasis clásica, y redondear perfectamente la narrativa del trauma histórico, sugiriendo una elaboración colectiva en el presente de los horrores experimentados bajo suelo. Sin embargo, en sus páginas finales, la novela le quita al lector esta reconfortante conclusión de entre las manos. Cuando, a instancias de un entusiasta Sylvain, los arqueólogos visitan el emplazamiento, declaran categóricamente que el espacio subterráneo en el que la novela se ha desplegado no puede ser un calabozo para esclavos; en otras palabras, la premisa de todo el texto es socavada en las líneas finales. Mientras que para Sylvain, más serio y responsable, esto cambia todo, la última línea escrita por el narrador, Chamoiseau, es ambigua: “¿Qué cambia eso?”³³ (319). Como el héroe clásico, ha sido transformado por esta experiencia alucinatoria y visionaria entre los muertos, una experiencia a la que Sylvain no tiene acceso. Ésta ha renovado el propósito y la pasión de Chamoiseau, ahora un autor-personaje-narrador-trabajador social más sabio, y quien al comienzo de la novela estaba perdido en el letargo y la preocupación por el propósito de su escritura. La realidad se revela, ahora, provisional y porosa, y se refrendan las revelaciones productivas del mito y la imaginación por encima de la fe reduccionista en la historia objetiva.

Conclusión

He argumentado que el compromiso de Chamoiseau con el espacio de Martinica, al menos en su ficción, distingue su obra de las escrituras más desterritorializadas de Glissant, a pesar de la aparente proximidad entre ambos escritores. En *Un dimanche au cachot*, el subsuelo de la isla funciona como un espacio creativo de la memoria y del regreso histórico, recurso potencialmente

33 “*Et ça change quoi?*”

ilimitado que mitiga cualquier sentido de confinación temporal o espacial. Aquí, el descenso vertical se privilegia sobre la migración horizontal, dando origen a una superabundancia de narraciones isleñas temporalmente diversas. Más aún, la poética del lugar está, para Chamoiseau, intrínsecamente ligada a la ética del lugar; su compromiso con la tierra de Martinica es un artículo de fe filosófica y política tanto como una elección literaria. Mientras que los cínicos sugieren que está más en sintonía con Francia que con Martinica, la visibilidad y el compromiso de Chamoiseau con la isla es innegable. Además de sus actividades literarias y culturales, hace de trabajador social, de manera muy semejante a como lo hace su alter ego ficticio en *Un dimanche...*, aconsejando a jóvenes en problemas en la capital de la isla. También está profundamente implicado en los movimientos políticos y ecológicos en Martinica: ha sido miembro activo de ASSUAMPAR (la asociación para la conservación de la herencia martiniqueña) y ha servido como vicepresidente del grupo militante MODEMAS (el movimiento de demócratas y ecologistas por una Martinica soberana)³⁴. En el año 2000 fue uno de los autores del “Manifiesto para reestablecer los departamentos ultramarinos”, un folleto que apuntaba a convertir a Martinica en el primer país orgánico del mundo (Patrick Chamoiseau, et al.).

Aunque uno debe tener cuidado de extraer conclusiones acerca de la obra de un escritor a partir de los simples hechos de su biografía, estas actividades extraliterarias inevitablemente modulan su relación con la isla nativa, que es mucho más que un telón de fondo para su ficción. Chamoiseau difiere de Walcott, Glissant, Condé, Pineau, Maximin y Brathwaite en un aspecto crucial: sigue residiendo en la isla nativa. A diferencia de muchos autores de su estatura, no ha adoptado un puesto académico o profesional en Estados Unidos o en París y su base sigue siendo Lamentin, en Martinica. Al escribir contra la marea del desplazamiento y la migrancia, a la vez que se promulga una relación no territorial con la tierra nativa, intenta socavar cualquier vínculo organicista o nostálgico con ella. El giro irónico en la trama de *Un dimanche...* es una advertencia contra la confusión entre detritos cualesquiera y ruinas o reliquias significativas. Y, sin embargo, es también una potente llamada a sondear el espacio de la isla (más que a trazar su mapa) y a tantear las múltiples capas del pasado a través un interrogatorio especulativo.

34 Esta posición también fue ocupada por Raphaël Confiant. El continuo compromiso de Chamoiseau con la causa se evidencia en el prefacio con el que recientemente contribuyó al libro de Garcin Malsa, en el cual saluda a Malsa y aquellos que tienen el coraje de continuar la lucha por una Martinica soberana (Malsa, 9-11).

Obras citadas

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso, 1983.
- Arnold, A. James. "The Gendering of Créolité. The Erotics of Colonialism". En: *Penser la créolité*. Maryse Condé & Madeleine Cottenet-Hage (ed.). París: Karthala, 1995, 21-40.
- Baucom, Ian. *Spectres of the Atlantic. Finance Capital, Slavery and the Philosophy of History*. Durham y Londres: Duke UP, 2005.
- Benítez Rojo, Antonio. *The Repeating Island. The Caribbean and the Postmodern Perspective*. James E. Maraniss (tr.). *La Isla que se repite: el Caribe y la perspectiva postmoderna*. 1989. Durham y Londres: Duke UP, 1992 y 1996.
- Bernabé, Jean, Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant. *Éloge de la créolité*. París: Gallimard, 1989.
- Bhabha, Homi. *The Location of Culture*. Londres y Nueva York: Routledge, 1994.
- Burton, Richard. "“Ki mounnou ye? The idea of difference in contemporary West Indian thought”". *New West Indian Guide* 67.1/2 (1993), 5-32.
- Campbell, Joseph. *The Hero with a Thousand Faces*. [1949]. Londres: Fontana, 1993.
- Carrigan, Anthony. "Postcolonial Tourism, Island Specificity and Literary Representations: Observations on Derek Walcott's *Omeros*". *Space and Culture* 13.2 (2010), 154-63.
- Césaire, Aimé. *Cahier d'un retour au pays natal* (1939). En: *The Collected Poetry*. Clayton Eshleman & Annette Smith (trs.). Berkeley: U of California P, 1983.
- Chamoiseau, Patrick. *Un dimanche au cachot*. París: Gallimard, 2009.
- *Biblique des derniers gestes*. París: Gallimard, 2004.
- *Écrire en pays dominé*. París: Gallimard, 1997.
- *L'Esclave vieil homme et le molosse*. París: Gallimard, 1997.
- *Guyane: traces-mémoires du baigne*. París: Caisse Nationale des Monuments Historiques et des Sites, 1994.
- *Texaco*. París: Gallimard, 1992.
- Chamoiseau, Patrick, Gérard Delver, Édouard Glissant y Bertène Juminer. "Manifeste pour refonder les DOM". *Le Monde* (21 enero 2000).
- Crone, G. R. "The Origin of the Name Antillia". *The Geographical Journal* 91.3 (1938), 260-62.
- DeLoughrey, Elizabeth. *Routes and Roots. Navigating Caribbean and Pacific Island Literatures*. Honolulu: U of Hawaii P, 2007.
- Froude, James Anthony. *The English in the West Indies*. Londres: Longmans, Green y Co., 1888.
- Gilroy, Paul. *The Black Atlantic. Modernity and Double*

- Consciousness*. Londres y Nueva York: Verso, 1993.
- Glissant, Édouard. *La Terre, le feu, l'eau et les vents. Une anthologie de poésie du tout-monde*. París: Galaade, 2010.
- *Le monde incréé*. París: Gallimard, 2000.
- *Poetics of Relation*. [1990]. Betsy Wing (tr.). *Poétique de la relation*. Ann Arbor: U of Michigan P, 1997.
- *Traité du tout-monde*. París: Gallimard, 1997.
- *Faulkner, Mississippi*. París: Stock, 1996.
- *Tout-monde*. París: Gallimard, 1995.
- *Pays rêvé, pays réel*. París: Seuil, 1985.
- *L'intention poétique*. París: Seuil, 1969.
- *Un champ d'îles*. París: Instance, 1953.
- Glissant, Édouard & Patrick Chamoiseau. *L'intraitable beauté du monde*. París: Galaade, 2009.
- *Quand les murs tombent. L'identité nationale hors-la-loi?* París: Galaade, 2007.
- Hallward, Peter. *Absolutely Postcolonial. Writing between the Singular and the Specific*. Manchester: Manchester UP, 2001.
- Kincaid, Jamaica. *A Small Place*. Nueva York: Farrar Straus y Giroux, 2002.
- Laferrière, Dany. *Pays sans chapeau*. París: Le Serpent à plumes, 2004.
- Le Bris, Michel y Jean Rouaud (eds.). *Pour une littérature-monde*. París: Gallimard, 2007.
- Malsa, Garcin. *L'écologie ou la passion du vivant. Quarante ans d'écrits écologiques*. París: L'Harmattan, 2008.
- McCusker, Maeve. "On Slavery, Césaire and Relating to the World. An Interview with Patrick Chamoiseau". *Small Axe* (2009), 74-83.
- *Patrick Chamoiseau: Recovering Memory*. Liverpool: Liverpool UP, 2007.
- "De la problématique du territoire à la problématique du lieu: un entretien avec Patrick Chamoiseau". *The French Review* 73.4 (2000), 724-33.
- McMahon, Elizabeth. "The Gilded Cage: from Utopia to Monad in Australia's Island Imaginary". En: *Islands in History and Representation*. Rod Edmonds & Vanessa Smith (eds.). Londres y Nueva York: Routledge, 2003.
- Miller, Christopher. *The French Atlantic Triangle. Literature and Culture of the Slave Trade*. Durham, NC: Duke UP, 2008.
- Milne, Lorna. *Patrick Chamoiseau. Espaces d'une écriture antillaise*. Amsterdam y Nueva York: Rodopi, 2006.
- Stein, Jean. "William Faulkner". En: *Lion in the Garden. Interviews with William Faulkner 1926-1962*. James B. Meriwether y Michael Millgate (eds.). Nueva York: Random House, 1968, 237-56.

- Vété-Congolo, Hanétha. "La Créolité aujourd'hui". Web. 26 de agosto de 2010
<http://www.lehman.cuny.edu/ile.en.ile/paroles/confiant_vete-congolo.html interview>
- Vincenot, Stella. "Patrick Chamoiseau and the Limits of
Aesthetic Resistance". *Small Axe* 30 (2009), 63-73.
- Walcott, Derek. *What the Twilight Says*. Nueva York y Londres: Faber & Faber, 1998.
— *Omeros*. Londres: Faber & Faber, 1990.
- Watts, Richard. "Towards an Ecocritical Postcolonialism: Val Plumwood's
Environmental Culture in Dialogue with Patrick Chamoiseau".
Journal of Postcolonial Writing 44.3 (2008), 251-61.
- "Toutes ces eaux"! Ecology and Empire in Patrick Chamoiseau's *Biblique
des derniers gestes*". *Modern Language Notes* 118.4 (2003), 895-910.